

VIDA RETIRADA
Y OTROS POEMAS



FRAY LUIS DE LEÓN



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

FRAY LUIS DE LEÓN

VIDA RETIRADA Y OTROS POEMAS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Fray Luis de León

Nació en Belmonte, España, entre 1527 y 1528. Fue astrónomo, humanista, poeta, religioso agustino y teólogo de la escuela salmantina, considerado uno de los poetas más importantes de la segunda fase del renacimiento español.

Realizó sus primeros estudios en Valladolid y Madrid; posteriormente, a los 14 años, se trasladó a Salamanca e ingresó a la Orden de los Agustinos. En 1560 obtuvo el grado de licenciado en Teología por la Universidad de Salamanca y luego de graduarse se desempeñó como catedrático en dicha casa de estudios. Su obra literaria forma parte de la literatura ascética, entre las que destacan los libros *Cantar de los cantares* (1527-1591), *La perfecta casada* (1583), *Traducción literal y declaración del libro de los cantares de Salomón* (1855), *De los nombres de Cristo* (1855) y *Obras poéticas, divididas en tres libros* (1855).

Falleció el 23 de agosto de 1591 en Madrigal de las Altas Torres, España.

Vida retirada y otros poemas

Fray Luis de León

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

VIDA RETIRADA Y OTROS POEMAS

Vida retirada

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonero,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado;
si en busca deste viento

ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río!
¡Oh, secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso, no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea

con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserablemente
se están los otros abrasando
con sed insaciable

del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al sol dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

A don Pedro Portacarrero

Virtud, hija del cielo,
la más ilustre empresa de la vida,
en el oscuro suelo
luz tarde conocida,
senda que guía al bien poco seguida;

tú donde la hoguera,
al cielo levantaste al fuerte Alcides;
tú en la más alta esfera
con las estrellas mides
al Cid, clara victoria de mil lides.

Por ti el paso desvía
de la profunda noche, y resplandece
muy más que el claro día
de Leda el parto y crece
el Córdoba a las nubes y florece.

Y por tu senda agora
traspasa luengo espacio con ligero
pie y ala voladora

el gran Portocarrero,
osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta
hollando sobre el oro; firme aspira
a lo alto de la cuesta;
ni violencia de ira,
ni dulce y blando engaño le retira.

Ni mueve más ligera,
ni más igual divide por derecha
el aire y fiel carrera,
o la traciana flecha,
o la bola tudesca un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
induce poderoso igual costumbre,
y do se muestra escuro
el cielo, enciende lumbre,
valiente a ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
el Miño, los que el mar monstruoso cierra
donde la fiel montaña

hasta el fin de la tierra,
los que desprecia de Eume la alta sierra.

A Francisco de Salinas

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera
y oye allí otro modo

de no percedera
música, que es la fuente y la primera.

Ve cómo el gran Maestro,
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta;
y entre ambos a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,

sin ser restituido
jamás a a queste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos!

Canción al nacimiento de la hija del marqués de Alcañices

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho aqueste día,
que de los Borjas canto
y Enríquez la alegría
del rico don que el cielo les envía.

Hermoso sol luciente,
que el día das y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sal, y verás nacido tu traslado.

O si te place agora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buena hora,
que con la luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,

cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Te dieron bien sin cuento,
con voluntad concorde y amorosa,
quien rige el movimiento
sexto, con la alta diosa
de la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado
torció el paso y la cara,
y el fiero Marte airado
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo,
que tus pasos guiando descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería
y con divino canto así decía:

«Desciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso,

que en el ilustre seno
te espera deseoso,
por dar a tu valor digno reposo.

Él te dará la gloria,
que en el terreno cerco es más tenida,
de abuelos larga historia,
por quien la no sumida
nave —por quien la España fue regida.

Tú dale, en cambio desto,
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,
claro saber, fe llena de pureza.

En su rostro se vean
de tu beldad sin par vivas señales;
los sus dos ojos sean
dos luces celestiales,
que guíen al bien sumo a los mortales.

El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente,

tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente
a sus dichosos siglos represente.

La soberana abuela,
dechado de virtud y hermosura,
la tía, de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura.

Con todas cuanto precio
de gracia y de belleza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.

¡Ay tristes, ay, dichosos
los ojos que te vieren! Huyan luego,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego,
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

Ilustre y tierna planta,
gozo del claro tronco y generoso,

creciendo te levanta
ha estado el más dichoso,
de cuantos dio ya el cielo venturoso».

De la avaricia

Felipe Ruiz

En vano el mar fatiga
la vela portuguesa, que ni el seno
de Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
esmeralda provecho;
que más tuerce la cara
cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
la vida, y no la sed, quitó el bebido
tesoro persiano;
y Tántalo, metido
en medio de las aguas, afligido

de sed está; y más dura
la suerte es del mezquino, que sin tasa

se cansa así, y endura
el oro, y la mar pasa
osado, y no osa abrir la mano escasa,

¿Qué vale el no tocado
tesoro, si corrompe el dulce sueño,
si estrecha el ñudo dado,
si más enturbia el ceño,
y deja en la riqueza pobre al dueño?

De la Magdalena

Elisa, ya elpreciado
cabello, que del oro escarnio hacía,
la nieve ha variado:
¡Ay! ¿Yo no te decía:
«Recoge, Elisa, el pie, que vuela el día»?

Ya los que prometían
durar en tu servicio eternamente,
ingratos se desvían
por no mirar la frente
con rugas afeada, el negro diente.

¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto
que tu labor te ha dado,
si no es tristeza y luto,
y el alma hecha sierva al vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano,
por quien tú no guardaste la debida

a tu bien soberano,
por quien mal proveída
perdiste de tu seno la querida

prenda, por quien velaste,
por quien ardiste en celos, por quien uno
el cielo fatigaste
con gemido importuno,
por quien nunca tuviste acuerdo alguno

de ti misma? Y agora
rico de tus despojos, más ligero,
que el ave huye, y adora
a Lida el lisonjero;
tú quedas entregada al dolor fiero.

¡Oh, cuánto mejor fuera
el don de hermosura que del cielo
te vino, a cuyo era
ha bello dado en velo
santo, guardado bien del polvo y suelo!

Mas hora no hay tardía;
tanto nos es el cielo piadoso,

mientras que dura el día;
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
de Mágdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora
con el amor ferviente
las llamas apagó del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
amor con otro amor más encendido;
y consiguió el estado,
que no fue concedido
al huésped arrogante, en bien fingido.

De amor guiada y pena,
penetra el techo extraño, y atrevida
se ofrece a la ajena
presencia, y sabia olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
a los divinos pies que la traían,

lo que la en sí fiada
gente olvidada habían,
sus manos, boca y ojos lo hacían.

Lavaba, larga en lloro
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro,
que la cabeza ornaba
a su limpieza, y paz a su paz daba.

Decía: «Solo amparo
de la miseria extrema, medicina
de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
a aqueste cieno tu piedad divina.

¡Ay!, ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos labios tan profanos.

La que sudó en tu ofensa
trabaje en tu servicio, y de mis males

proceda mi defensa;
mis ojos, dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.

Bañen tus pies mis ojos;
límpienlos mis cabellos; de tormento
mi boca, y red de enojos
les dé besos sin cuento:
y lo que me condena te presento.

Te presento un sujeto
tan mortalmente herido, cual conviene,
do un médico perfeto
de cuanto saber tiene
dé muestra, que por siglos mil resuene».

Profecía del Tajo

Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo;
el pecho sacó fuera
el río, y le habló desta manera:

«En mal punto te goces,
injusto forzador; que ya el sonido
oyó ya, y las voces,
las armas, el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido.

¡Ay, esa tu alegría
qué llantos acarrea! ¡Y esa hermosa,
que vio el sol en mal día,
a España, ay, cuán llorosa,
y al cetro de los Godos, cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamientos, fieros males
entre tus brazos cierras,

trabajos inmortales
a ti y a tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
rompen el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitana,
a toda la espaciosa y triste España.

Ya donde Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en África convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
el árabe cruel, y hiere el viento,
llamando a la pelea;

innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desaparece
la mar; la voz al cielo
confusa y varia crece,
el polvo roba el día y le escurece.

¡Ay, que ya presurosos
suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas por do hienden!

El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por el Hercúleo Estrecho
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la armada.

¡Ay, triste! ¿Y aún te tiene
el mal dulce regazo? ¿Ni llamado
al mal que sobreviene

no acorres? ¿Ocupado
no ves ya el puerto a Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano;
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.

¡Ay, cuánto de fatiga!
¡Ay, cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

¡Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
cinco luces los haces desordena,
igual a cada parte;

la sexta ¡ay!, te condena,
¡oh, cara patria!, a bárbara cadena».

Noche serena

Diego Oloarte

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
despiden larga vena
los ojos, hechos fuente,
Loarte, y digo al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino

olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay, despertad, mortales,
mirad con atención en vuestro daño!
Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera!;
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con ese gran trasunto,

do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benigno,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado.

Se rodea en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre

del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento,
está el amor sagrado
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!

¡Oh deleitosos senos!

¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

Las serenas

Querinto

No te engañe el dorado
vaso, ni de la puesta al bebedero
sabrosa miel cebado,
dentro al pecho, ligero,
Querinto, no traspases el postrero

asensio; ten dudosa
la mano liberal, que esa azucena,
esa purpúrea rosa
que el sentido enajena,
tocada, pasa al alma y la envenena.

Retira el pie, que asconde
sierpe mortal el prado, aunque florido,
los ojos roba; adonde
aplace más, metido
el engañoso lazo está, y tendido.

Pasó tu primavera;
ya la madura edad te pide el fruto

de gloria verdadera.
¡Ay, pon del cieno bruto
los pasos en lugar firme y enjuto!

Antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
con copa ponzoñosa
el alma transformada,
te junte, nueva fiera, a su manada.

No es dado al que allí asienta,
si ya el cielo dichoso no le mira,
huir la torpe afrenta;
o arde oso en ira,
o hecho jabalí gime y suspira.

No fies en viveza,
atiende al sabio rey solimitano;
no vale fortaleza,
que al vencedor gazano
condujo a triste fin femenil mano.

Imita al alto griego
que, sabio, no aplicó la noble entena

al enemigo ruego
de la blanda Serena,
por do por siglos mil su fama suena.

Decía conmoviendo
el aire en dulce son: «La vela inclina,
que del viento huyendo
por los mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina.

Allega, y da reposo
al inmortal cuidado, y entretanto
conocerás curioso
mil historias que canto;
que todo navegante hace otro tanto.

Todos de su camino
tuercen a nuestra voz y, satisfecho
con el cantar divino
el deseoso pecho,
a sus tierras se van con más provecho.

Que todo lo sabemos
cuanto contiene el suelo, y la reñida

guerra te cantaremos
de Troya y su caída,
por Grecia y por los dioses destruida».

Ansí falsa cantaba
ardiendo en crueldad; mas él, prudente,
el camino atajaba
a la voz en su gente
con la aplicada cera suavemente.

Si a ti se presentare,
los ojos, sabio, cierra; firme atapa
la oreja, si llamare;
si prendiere la capa,
huye; que solo aquel que huye escapa.

De la vida del cielo

Alma región luciente,
prado de bienandanza que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo,
productor eterno de consuelo:

de púrpura y de nieve
florida la cabeza coronada,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,
el Buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo, fiel las baña

y les da mesa llena,
pastor y pasto Él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca, altísimo subido
el sol, Él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa,
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son, oh voz, siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en ti, oh, Amor, la convirtiese!

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
desta prisión adonde

padece, a tu manada
viviera junta, sin vagar errada.

Contra un juez avaro

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo, inútil oro,
y aunque tus posesiones
mejores con ajeno daño y lloro;

y aunque, cruel tirano,
oprimas la verdad y tu avaricia,
vestida en nombre vano,
convierta en compra y venta la justicia;

y aunque engañes los ojos
del mundo, a quien adoras, no por tanto
no nacerán abrojos
agudos en tu alma; ni el espanto

no velará en tu lecho,
ni huirás la cuita, la agonía
el último despecho,
ni la esperanza buena en compañía

del gozo, tus umbrales
penetrará jamás; ni la Meguera
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera

y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola una hora;
y ni tendrás clavada
la rueda, aunque más puedas, voladora

del tiempo, hambriento y crudo,
que viene, con la muerte conjurado,
a dejarte desnudo
del oro y cuanto tienes más amado;

y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

En la ascensión

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno?
¿Quién concierto

al viento fiero, airado?;
estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay, nube envidiosa!
Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuan ciegos, ay, nos dejas!

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA